

un célebre orador contemporáneo, consoladora palabra, que coloca el sepulcro bajo la protección de la esperanza, y que disminuye el horror de la muerte, haciéndonos vislumbrar tras un sueño, algo más largo que el sueño de la noche, la vida eterna que debe seguirle!

Vosotros, antecesores nuestros, cuyas herencias adquiridas con vuestros sudores poseemos; esposas amadas, hijos en quienes fundábamos nuestra esperanza; amigos sinceros, que nos ayudabais á sobrellevar los pesares de la vida; madres nuestras, que tanto llorasteis por nosotros; sí, todos resucitareis y volveremos á veros un día, y os veremos animados del mayor júbilo, porque vuestra vida será eterna.

Recordad sin embargo, hermanos míos, que después de haber invocado con las oraciones de la Iglesia las bendiciones del cielo sobre esta tierra, debéis tener en cuenta vuestros deberes. Este campo ya no será un campo como los demás, así como el templo no es un edificio como otro cualquiera. Ya no servirá para usos profanos, porque será el templo de los difuntos, y debe ser para vosotros un lugar santo y venerado. Léjos de aquí, de hoy en adelante, la animación y la algazara; nada debe turbar la paz de los muertos y el recogimiento propio de la casa de la oración y del sacrificio. El cementerio tampoco debe ser un sitio público: recomendando el respeto debido á los difuntos, hareis que los vivos respeten este sitio: el respeto, que se tiene á los sepulcros, es la garantía mejor del honor de las familias, de la vida y de la fortuna de los ciudadanos; y puede apreciarse el valor moral de un pueblo en proporción á los honores que concede á las generaciones que ya no existen.

De hoy más, al pasar cerca de este recinto, miradle con veneración: saludad con respeto la cruz erigida en este sitio para proteger los sepulcros, y rezad mental ú oralmente la oración que la Iglesia nos enseña para interceder por los difuntos. Luego, pensad en vosotros mismos; tened presente, que este es el lugar que os está destinado. ¡Oh! Estas reflexiones os recordarán la nada de las cosas de la tierra, y os quitarán el apego á sus bienes y á sus placeres, induciéndoos á trabajar eficazmente en lo único necesario, la salvación.

Ministros del Señor, procedamos á la piadosa ceremonia. El Dios que bendijo el sepulcro de Abraham en Mambré, y el de los patriarcas, y el de los mártires en las catacumbas, y el de los justos en todo tiempo, bendiga este lugar destinado, de hoy en adelante, á la sepultura de los cristianos de esta parroquia, á fin de que descansen en paz hasta el día de la resurrección general. Amen.

Véase: CEMENTERIOS.

BENDICION DE UNA CRUZ ERIGIDA

EN EL TÉRMINO DE UN PUEBLO.

DISCURSO.

Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum et hunc crucifixum.

Puesto que no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros sino á Jesucristo crucificado.

(Cor. II, 2.)

A la vista de esta cruz, que acabais de levantar, hermanos míos, en presencia de esta imagen del Salvador cuyos brazos extendidos nos protegen, y ante esta numerosísima concurrencia, que fija su vista y eleva su corazón hácia esta imagen augusta, no encuentro otras palabras que las del Apóstol para expresar mis sentimientos, y el piadoso entusiasmo con que deseo asociarme á vuestra satisfacción; no me precio de otra gloria que la de conocer á Jesucristo crucificado.

Fijad la vista y la atención en este símbolo venerable, que nos ofrece el espectáculo sorprendente de un crucificado, que, después de muchos siglos, tiene todavía muchísimos adoradores, que veneran los clavos que taladraron sus pies y manos, que veneran la corona de espinas que ostenta en su frente, y recuerdan los oprobios de que fué objeto. Fijad la vista y la atención en este espectáculo extraordinario de un judío humilde clavado entre dos ladrones, condenado al suplicio de los esclavos, maldecido y deshonrado por los hombres, y que, sin embargo, después de mil y ochocientos años, ve levantarse todavía monumentos á su gloria. Examinad estas maravillas, hermanos míos, y deseareis, como yo, conocer á Jesucristo crucificado.

Esta ciencia, cristianos, este conocimiento de la cruz, puede re-

ducirse á dos puntos: 1.º, la cruz ofrece al entendimiento la prueba mas evidente de la religion; 2.º, la cruz ofrece á nuestro corazon el mas dulce consuelo.

Ya sabeis lo que era la cruz antes de Jesucristo: no ignorais la ignominia y el tormento á que condenaba á los criminales para los cuales se reservaba este suplicio, criminales, que pendientes entre el cielo y la tierra, eran triste objeto de horror y de compasion. Ved en lo que se ha convertido desde que Jesucristo se dignó adoptarla para sí: se ha convertido en el mas precioso adorno de la cabaña, en el mas rico atavío de la madre de familia, en la mas digna recompensa del mérito, en el mas brillante testimonio del valor, en el símbolo que domina sobre las aldeas y las ciudades, en el mas noble florón de la corona de los reyes. La cruz protege nuestros campos, defiende las cenizas de los difuntos, ocupa el primer lugar entre los emblemas del culto católico, es el precioso remate de nuestros tabernáculos, desde donde nos impone el respeto, que nos hace humillar la frente y doblar las rodillas. Ved ahí la obra sublime del poder de un Dios.

¿Será preciso explicaros, amados hermanos míos, los grados sucesivos con que se ha obrado este cambio? ¿Será preciso recordaros quienes fueron sus héroes? Cuando apareció en el mundo la cruz para derribar todos los cultos, los falsos dioses eran exclusivo objeto de la adoracion de los pueblos y de los cantos de los poetas; en sus templos habian desplegado á porfia las bellas artes todas sus galas y primores. El culto de los falsos dioses estaba íntimamente relacionado con el gobierno de los pueblos, quienes los consideraban como sus legisladores, sus defensores y sus padres. Para destruir esta fastuosa grandeza, para hundir este Olimpo defendido por millones de espadas, Olimpo cuyos pontífices eran los emperadores romanos, el verdadero Dios solo quiso emplear un vil instrumento de muerte: una cruz. Jesucristo habla; su moral se reduce á estas dos frases: «Llevad vuestra cruz y seguidme.» Dijo, y algunos artesanos de Galilea, algunos pobres pecadores se dispersaron por el mundo, anunciaron un nuevo culto, y contestaron á los sabios lo propio que á los ignorantes en estos términos: «No sabemos mas que una cosa, y es la cruz de nuestro Maestro.» Y en esta cruz, Pedro y Andrés murieron con posterioridad á Jesucristo. Mas estos hombres, que fueron crucificados como esclavos y muertos como malhechores, estos hombres cambiaron el mundo con la eficacia de la cruz. En lugar de aquellas divinidades complacientes, que sancionaban el robo, la embriaguez, la licencia, el mundo abrazó esta cruz cuya divisa será siempre:

Odio á sí mismo y represion de todas las malas inclinaciones; caridad y amor para todos los hombres, transformados en hermanos al pié de la cruz.

¿Quién dejará de ver en todo esto el dedo de Dios? Sí; esta cruz, que hemos venido á bendecir, es la prueba constante de la divinidad de la religion; esta cruz nos recuerda, á la vez, la que fué levantada en el Calvario en medio de los gritos de un pueblo delirante, y la que hoy domina en Roma y le conserva el título de reina del mundo.

La cruz es una prueba incontestable de que la religion católica, apostólica y romana es la única verdadera, la única divina. Las sectas protestantes han demolido las cruces, las han desterrado de las fachadas de sus templos, las han proscrito en sus santuarios: la nave de Pedro es la única que no ha deshonrado este pabellón, ni ha abandonado este estandarte: nuestra Iglesia solamente continua siendo hija legítima, porque solo ella no se sonroja de las insignias de Jesucristo.

Procurad pues, hermanos míos, conservar religiosamente el recuerdo de esta cruz augusta, que en el Calvario sirvió para pagar el precio de nuestro rescate y reconquistar nuestros derechos á la eternidad. Y para perpetuar el recuerdo de los beneficios que debemos á la cruz, hemos venido á levantarla en este sitio como un trofeo glorioso.

Cuando pasaremos junto á ella, recordaremos sus gloriosos triunfos. Sobrecogidos entónces de respeto, no nos sonrojaremos jamas de descubrir vuestras cabezas é inclinarlas delante de este monumento tan sencillo, y por lo mismo tan augusto de la perpetuidad de nuestra fe. Lo mismo á nuestros hijos que á los presumidos sabios del siglo, les mostraremos esta cruz con piadoso orgullo, y les preguntaremos con confianza: ¿Quién sino la Providencia ha podido sustituir á la altiva idolatría, que contaba cuarenta siglos, el extraordinario culto de un humilde judío condenado á muerte?

De esta suerte, hermanos míos, la cruz se presenta á nuestra consideracion como una prueba evidente de la divinidad de la religion católica.

Lo mas notable, hermanos míos, es, que la cruz, recuerdo sangriento de las escenas del Calvario, la cruz, que solo debe excitar en nosotros lágrimas de penitencia, es, sin embargo, el manantial de los mas dulces consuelos.

A la vista del Salvador del mundo, que muere entre dos ladrones para redimir al universo, á la vista de la sublime Madre del dolor se llora, es verdad; pero estas lágrimas nos comunican una dicha, que

no es de esta tierra. Entónces el culto de la cruz se nos hace mucho mas fácil; nos entregamos á él con mas desahogo, y la oracion nos proporciona grandes delicias.

La cruz levantada junto á un camino, hermanos míos, trae á la memoria mil recuerdos consoladores: nos da la idea de un pueblo cristiano, que tributa á Dios lo que es de Dios; anuncia al viajero una caridad hospitalaria, al pobre una compasion eficaz. El misero enfermo encontrará en la cruz un consuelo y un lenitivo, porque tendrá á la vista el modelo y el médico de las almas dolientes.

Salve, ¡cruz de nuestro Salvador! domina sobre nuestros campos como un testimonio eterno del triunfo de la religion sobre la impiedad, como un símbolo pacífico del imperio de Jesucristo; permanece junto á este camino como el amigo del pasajero, el guia del viajero, el compañero de nuestros trabajos. Salve, ¡cruz de nuestro Salvador! permanece cerca de nuestras moradas para que no nos distraigamos de los recuerdos religiosos, y para que bajo tu sombra tutelarnos amemos como hijos de una misma familia. Amen.

Véase: SEÑAL DE LA CRUZ—Y, CAMINO DE LA CRUZ.

BENDICION DE UN ESTANDARTE

DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

DISCURSO.

Hijos de María:

Cuando en cumplimiento de las órdenes de Dios iba el pueblo de Israel á la conquista de la tierra prometida, llevaba sus estandartes al frente: lo mismo debe hacer el pueblo cristiano. Su estandarte es

la cruz que le ha salvado; y despues de éste sigue el de la imágen de su soberana, la Reina de los cielos.

Doncellas cristianas, ved ahí ese estandarte que habeis consagrado á María vuestra Madre. Santificado por las oraciones de la Iglesia, destinado á los altares, dedicado á la purísima Virgen, que representa, debeis recibirlo como si os viniera de las manos de vuestra protectora, y ha de guiaros en adelante como un signo de alegría y de confianza.

Atended á lo que sucede en los ejércitos de los príncipes de la tierra: sus estandartes son llevados en triunfo al frente de las tropas; con ellos se abre la marcha para alentar á los soldados, conducirlos al asalto, reanimar su valor si desfallecen, reunirlos si se dispersan, y entusiasmarlos si salen vencedores. Si este signo, pues, ejerce tanto poder, ¿qué no hará el de la Reina de los cielos? ¡Ah! y ¿no tendreis á mucha honra, que os preceda en el camino de la religion? ¿Cómo reanimará vuestro fervor en los dias de nuestras solemnidades! ¿Cómo os hará invencibles en vuestros combates, vírgenes cristianas, en estos combates que el alma sostiene contra sí misma, lucha de los sentidos contra el espíritu, del mundo contra Jesucristo! Por él vencereis: *In hoc signo vinces*. Dirigireis vuestras miradas hácia este santo estandarte, en vuestros conflictos, en vuestras pesadumbres, en vuestro desaliento, y entónces cobrará brios vuestro corazon; mirareis la estrella, invocareis á María; é inmediatamente divisareis el puerto: *Respice stellam, voca Mariam*. Y habeis triunfado porque habeis recurrido á la que no abandona jamas á los que la invocan.....

BENDICION

DE UN ESTABLECIMIENTO INDUSTRIAL.

DISCURSO.

¡Qué bello es, señores, el espectáculo que en este momento tenemos á la vista! La ciencia humana, justamente orgullosa de sus prodigiosos éxitos, se humilla delante de aquel que con una palabra ha fundado el universo, reconoce su dependencia de él, le hace homenaje de sus obras mas magnificas, y las completa por medio de una consagracion religiosa.

Hubo un tiempo, poco lejano aun de nosotros, en el que una especie de divorcio, infinitamente digno de sentirse, se estableció entre la ciencia y la Iglesia. Sin embargo, nunca fué la Iglesia enemiga de la ciencia; jamas ha tratado de detener sus progresos. Por el contrario, siempre ha aplaudido á ellos, los ha bendecido y fomentado. ¿Cómo podria ser de otro modo? Ella venera en el Señor al Dios de las ciencias; ella adora en su Verbo divino á aquel «que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.» En todas las verdades, á cualquier orden que pertenezcan, solamente ve los reflejos de la Verdad suprema, de aquel á quien las santas Escrituras llaman el Padre de las luces.

Ella no olvida, que su divino Fundador se ha presentado como la verdad sustancial, como la luz del mundo; que ha querido que sus apóstoles y sus sucesores se esforzasen en hacer conocer por toda la tierra lo que habian aprendido de él. Así es, que, fiel á su mision, apoyada sobre la infalibilidad prometida á su enseñanza moral y religiosa, ha llevado constantemente y sin ninguna variacion la luz de la verdad, alargando una mano amiga á la inteligencia humana, tan vacilante por su naturaleza.

Cuando la invasion de los bárbaros, el trastorno de los imperios

y la ruina de los Estados precipitaron las ciencias y las artes en un abismo, que parecia deber aniquilarlas; ¿quién las salvó del naufragio? La Iglesia y sus instituciones religiosas.

La ciencia, poco reconocida á este inmenso beneficio, se declaró mas tarde su adversaria; no queriendo ya someterse á sus leyes, atacó su autoridad, reunió sus fuerzas, y trató de echarla abajo por los cimientos. Ella la encontró firme como una roca y no la decentó. Mas pudo, para su desgracia, combatirla, desdeñarla, alejarse de ella. Por esta separacion se condenó al extravío y á la mentira en todo lo que es superior á la esfera material en que se mueve. Todos sabemos hoy lo que ha sido la ciencia, que marcha fuera de los principios religiosos, y puesta al servicio de las pasiones, lo que ha perdido en la lucha desgraciada que se atrevió á emprender, y que amargos frutos ha producido en nuestras sociedades conducidas por ella á punto de un cataclismo general.

Instruida por la experiencia y mejor inspirada, vuelve á venir de sí misma á la Iglesia; y la Iglesia, conmoviéndose de alegría, extiende la mano para bendecirla.

Somos dichosos, señores, de poder decirlo delante de tantos hombres de categoria, en presencia de esa multitud, que ha acudido de todas partes para participar á su modo de la solemne inauguracion de una de las maravillas del arte. Nadie admira mas que nosotros esos trabajos gigantescos de la inteligencia, que investiga las leyes de la naturaleza. Aplaudimos á los admirables descubrimientos que se hacen todos los dias; no tememos que se hagan otros nuevos; los llamamos con todos nuestros votos los mas sinceros, perfectamente seguros, que nunca habrá contradicciones entre las verdades del orden natural y las del orden sobrenatural, porque todas salen del mismo origen, y no difieren con respecto á nosotros sino por el modo con que lo conocemos.

Estas nobles conquistas del espíritu nos son caras, y es con dicha que llamamos sobre ellas las bendiciones del cielo.

Séanos permitido, señores, emitir aquí una reflexion que se presenta á nuestro espíritu, y sale del carácter mismo de que estamos revestidos. Los destinos del hombre no han sido encerrados por el Dios criador en los estrechos límites de su existencia actual; ellos son mil veces mas elevados y mas nobles. Las alegrías de este mundo, sus glorias, su poder, no son mas que una imágen efimera de las magnificencias del mundo futuro, como nuestra vida de aquí abajo no es sino un punto que no se puede coger cerca de la eternidad, hácia la cual somos arrastrados irresistiblemente. ¿Seria posible, que tan

pequeños intereses hiciesen olvidar á hombres dignos de la mayor estima, los intereses infinitamente superiores del porvenir; que el brillo de la ciencia terrestre interceptase para ellos la luz tan pura de las verdades divinas; que el ruido de las artes en actividad y el mugido de aquellas poderosas máquinas, los impidiesen oír el eco de la palabra de la salvacion, y como el murmullo lejano de las alegrías eternas prometidas en recompensa á los cristianos de todos los rangos, prometidas á los enérgicos trabajadores, que saben santificar sus duras labores, elevando de cuando en cuando hácia el cielo frentes inquietadas por las fatigas, pero coronadas de esperanza?

Esta imponente solemnidad, señores, nos inspira pensamientos mas dulces y mas consoladores. Llamais á la religion á vuestras fiestas, porque conoceis el precio de sus bendiciones, porque sabéis que nada hay completo sobre la tierra sin la intervencion del Dios que reina sobre los cielos. Este recurso hácia Dios es una especie de necesidad instintiva, vivamente sentida en nuestros dias.

Vamos pues, señores, por medio de nuestro ministerio y á vuestra instancia, á hacer descender las bendiciones celestes sobre esas vias de una rapidez maravillosa, sobre esos gigantes de la fuerza física, sobre esos inmensos edificios, principalmente sobre esos hombres á quienes se han confiado tantos intereses, desde aquel cuyo espíritu dirige y la voz manda, hasta los que escuchan, obedecen y ejecutan; en fin, sobre todos aquellos que han de recurrir á esas potencias locomotoras, en otro tiempo tan imprevistas, ahora tan poco conocidas de los que las admiran.

Que el Dios sin el cual los trabajos de los hombres son vanos, los proteja á unos y otros; que vele sobre ellos dia y noche; que los preserve de todo olvido, de toda inadvertencia, de todo incómodo accidente: hé ahí, señores, lo que vamos á pedir con la esperanza de obtenerlo.

BENDICION DE UN FERRO-CARRIL.

I.

DISCURSO.

Señores:

Los grandes trabajos como los grandes acontecimientos se suceden con pasmosa rapidez. Las llanuras de la hermosa y fértil provincia de..... no disfrutaban del beneficio de estas comunicaciones activas, que por sí solas pueden dar vida á su mercado é importancia á su agricultura, asegurando una fácil exportacion á sus ricos y variados productos.

Gracias á la nueva via férrea, que hoy se inaugura, esta ciudad, tan considerable por su posicion, por la industriosa actividad de sus habitantes, por los recuerdos de gloria que la ilustran, no tendrá ya nada que envidiar á las ciudades mas favorecidas, puesto que gozará de las ventajas que garantizan á un pueblo una prosperidad tan brillante como duradera.

Si, señores, hoy da comienzo para la ciudad de..... una nueva era de prosperidad. Despues de un prolongado atraso, triste fruto de una guerra desgraciada, es de esperar que ocupará nuevamente entre las demas ciudades el puesto que la corresponde.

Bendito seas, Dios mio, que os dignais asociar al hombre á vuestra omnipotencia, dándole á la vez la inspiracion de lo grande y fuerzas para realizarlo; que le confiais el cuidado de completar, en cierto modo, la creacion; de fertilizar y embellecer la naturaleza con los descubrimientos de la ciencia y los ingeniosos procedimientos del arte; que, así como *tú corres en alas de los vientos*, Ps. ciii, 3, y escoges el *fuego, granizo, nieve, hielo, vientos procelosos para dar cumplimiento á tus palabras*, Ps. cxlviii, 8, nos permites á nosotros someter á nuestro servicio el vapor de que se forma el rayo; y así

como tambien *haces tú brotar las fuentes en los valles, y filtrar las aguas por en medio de los montes*, Ps. ciii, 10, nos confieres la facultad poderosa de abrir nuevas arterias á la circulacion de la vida social. Dios grande, Dios bueno y Dios santísimo, Criador de los mundos, dominador de los elementos, Padre universal de todos los séres, bendito seas con Jesucristo, Hijo tuyo en la unidad del Espíritu Santo.

Pero miétras elevamos al pié de tu trono nuestras humildes acciones de gracias por los bienes que nos has otorgado, en premio de este piadoso y sincero homenaje, bendícenos desde las alturas en que tú reinas. Bendice á esta ciudad, donde tu excelso nombre cuenta con un sin número de fieles adoradores tuyos. Bendice esta via, que facilita un rápido medio de comunicacion tan desproporcionado á la debilidad de tus criaturas. Enfrena tu mano estas máquinas lanzadas en la carrera como caballos indómitos impacientes por correr el espacio, para que ningun accidente fatal venga á entristecer á un pueblo entusiasta. Bendice, por último, á este numeroso pueblo, que en momentos tan solemnes se complace en proclamarte el único Sábio, el único Fuerte, el único Eterno, el único que hace maravillas: *Qui facit mirabilia solus*. Ps. LXXI, 18.

BENDICION

PARA LA INAUGURACION DE UN FERRO-CARRIL.

II.

DISCURSO.

Señores: si hay un espectáculo digno de fijar las miradas del cielo y de la tierra, sin duda es el que ofrecen las sociedades humanas

cuando vienen á presentar el homenaje de las conquistas del pensamiento, y de los descubrimientos de la ciencia al Dios, de quien proceden todos los grandes conceptos, y á pedir por sus obras á la religion estas bendiciones eficaces, que les dan dignidad y nobleza.

No: nunca el genio del hombre se muestra mas fuerte ni mas grande, que cuando se inclina ante el eterno foco del cual viene la luz; y nunca sus obras presentan un carácter mas imponente ni mas solemne, que cuando apelan á la intervencion de un poder superior, que les imprime el sello de su perfeccionamiento y su grandeza. Y la razon de esto es tan sencilla como profunda. Dios es el sér supremo que nos lo inspira todo; no presumamos inventar algo, porque nuestros inventos proceden de la inspiracion de Dios; lo que nosotros llamamos nuestras creaciones, no son sino rayos de su luz que han penetrado en nuestra inteligencia. Además, las obras del hombre, aun las mas admirables, llevan siempre consigo algun resabió de la imperfeccion y de la debilidad inherentes á nuestra naturaleza, que siempre ha de menester no solo que se la purifique, sino que se la proteja y escude con la influencia divina.

Nuestro siglo ha comprendido perfectamente, en lo cual se le hace justicia, que en ninguna otra época las sociedades públicas han manifestado mayor celo y espontaneidad para solemnizar la inauguracion de sus monumentos con un homenaje á la divinidad, y un acto de la fe que se tiene en su providencia. Así como en el principio del mundo, Dios presentó al primer hombre, como á rey de la creacion, los animales de la tierra para darle á reconocer su imperio, imponiéndoles un nombre; así tambien el hombre, á su vez, ofrece á Dios temblorosas pero sumisas, como un tributo de sus facultades perfeccionadas, las fuerzas de la naturaleza, que ha sabido domar y acomodar á sus usos.

Por mi parte estoy convencido, de que todos los grandes descubrimientos que mudan los límites antiguos y cambian las relaciones conocidas entre los hombres, tienen por causa primera la accion benéfica de la Providencia, la cual, en épocas determinadas por su sabiduría, hace adelantar un paso á la humanidad hácia el término que le tienen señalado sus designios eternos. Así que, vemos perderse casi siempre su origen como en una nube misteriosa; de suerte, que si se pide á la historia el nombre del primer inventor, la historia titubea y se calla. Es el secreto de Dios. Pues bien, ¿puede suponer la religion, que su autor se contradiga á sí propio, aventurándola á pruebas mas fuertes que su constitucion divina? Sin duda el vapor, aplicado á nuestros caminos y á nuestros buques, trasportará á dis-

tintos puntos y con mayor rapidez el mal lo propio que el bien, la mentira lo propio que la verdad; sin duda ensanchará, como lo hicieron los descubrimientos de la imprenta y del nuevo mundo, el campo de batalla donde luchan constantemente el racionalismo y la fe; mas la victoria no es dudosa, porque Dios mismo ha dado su palabra, y la verdad de Dios subsistirá eternamente. La luz llega á nuestros ojos, pasando por los mismos espacios en que se desatan los truenos y las tempestades. Acelerando la marcha de lo que se llama ideas nuevas, se presta tambien un servicio á las ideas del Evangelio. El viaje del apóstol no será ménos rápido que el del libre pensador; y se hallará quizá, en fin, que estas poderosas máquinas, en las cuales el sabio veia solamente un feliz descubrimiento del genio, el economista un nuevo manantial de prosperidad material para la fortuna pública, y el filósofo, que tiene la desgracia de no ser cristiano, la perspectiva del próximo triunfo de la fria razon sobre las antiguas creencias, habrán sido un instrumento de que se valdrá Dios para propagar el reino de Jesucristo, y unir todos los pueblos en la fraternidad universal por medio de la comunión de una misma fe y una misma caridad.

Mientras tanto, partid, mensajeros rápidos! Id, bajo la protección de Dios y á la vista de la Providencia, á transportar en todas direcciones los hombres, las mercancías y las ideas; haced refluir los tesoros del pensamiento y las riquezas del suelo de las provincias á la capital, y de la capital á las provincias, trasportándolas con rapidez por estas vías, semejantes á las venas y á las arterias que hacen circular la sangre de las extremidades al corazón y del corazón á las últimas fibras del organismo. Ningun obstáculo detenga vuestra carrera, ningun accidente funesto haga triste vuestra aplicación! No pidais al rayo, que se esconde en vuestras calderas de vapor, sino la impetuosidad de sus alas de fuego; salvad las montañas, los valles, los ríos; dilatad los ramales del camino desde el uno al otro mar; no retrocedais, ni aun delante de los abismos del océano; abrid un camino sobre las aguas, modificando vuestro aparato para unir los continentes, á fin de aproximar por los intereses y por las necesidades, por los atractivos de la civilización cristiana, los individuos dispersos de la gran familia humana, y anunciar á todos la buena nueva, que fué proclamada hace diez y ocho siglos sobre la cuna del Salvador del mundo: *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!*

BENDICION DE UNA FUENTE.

DISCURSO.

Effundam super vos aquam mundam.

Derramaré sobre vosotros agua pura.

(*Ezech. xxxvi, 25.*)

¿Qué significan, hermanos míos, esta concurrencia, este aparato desacostumbrado, y estas demostraciones, que dan á esta reunión el aspecto de una fiesta á la vez local, popular y religiosa?

¡Ah! es que vamos á inaugurar y bendecir un monumento cuyo recuerdo será duradero. Esta población experimentaba la escasez de uno de los elementos más esenciales á la salud, y aun á la vida del hombre.

Ahora bien; ¿quién será el Moisés que herirá la árida roca y hará brotar torrentes de agua viva? ¿Quién, en la carestía de agua que experimenta, enriquecerá á esta población con un manantial abundante, descubrimiento mil veces más precioso de lo que pudiera serlo una mina de oro?

Vuestra primera autoridad concibió el pensamiento. Los obstáculos parecían insuperables; mas una voluntad fuerte es siempre una garantía del éxito. Vuestro digno alcalde encuentra desde luego una cooperación eficaz en el favor público, en el ayuntamiento, en todas las clases, y en el talento y la experiencia de un hábil ingeniero. Nada puede ya resistir al poder combinado de una voluntad enérgica y de la ciencia destinada á realizar el proyecto. Hay que abrir canales, nivelar el terreno, perforar peñas, y dar consistencia á tierras arcillosas: hicieronse los oportunos estudios, se han levantado los planos, se han calculado las fuerzas y las resistencias, con ánimo de renovar, si fuese necesario, esos *trabajos de romanos*, que dieron su nombre á toda empresa imponente por la grandeza de las dificultades vencidas, y después de todo esto, las aguas oprimidas, corriendo por nue-